

Tomó Marialonso por la mano á su señora, y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echándoles la bendición con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado, ó por mejor decir á esperar su contento de recudida. Pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazón preguntar á Carrizales, á no saber que dormía, que ¿adónde estaban sus advertidos recatos, sus recelos, sus advertimientos, sus persuaciones, los altos muros de su casa, el no haber entrado en ella ni aún en sombra alguien que tuviese nombre de varón, el torno estrecho, las gruesas paredes, las ventanas sin luz, el encerramiento notable, la gran dote en que á Leonora había dotado, los regalos continuos que la hacía, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habían menester y que podían desear? Pero ya queda dicho que no había para qué preguntárselo, porque dormía más de aquello que fuera menester: y si él lo oyera, y acaso respondiera, no podía dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas y decir:

—Todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, á lo que yo creo, de un mozo holgazán y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida.

Libre Dios á cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte.

Pero con todo esto, el valor de Leonora fué tal, que en el tiempo que más le convenía, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes á vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos.

Y en esto ordenó el cielo que á pesar del unguento Carrizales despertase, y como tenía de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama desparovido y atónito, con más ligereza y desnudo que sus muchos años prometían; y cuando en el aposento no halló á su esposa, y le vió abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó per-

der el juicio; pero reportándose un poco salió al corredor, y de allí andando pié ante pié por no ser sentido, llegó á la sala donde la dueña dormía, y viéndola sola sin Leonora, fué al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vió-lo que nunca quisiera haber visto: vió lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vió á Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo tan á sueño suelto, como si en ellos obrara la virtud del unguento y no en el celoso anciano.

Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba, la voz se le pegó á la garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frío; y aunque la córa hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus, pudo tanto el dolor, que no le dejó tomar aliento; y con todo eso tomara la venganza que aquella grande maldad requería, si se hallara con armas para poder tomarla: y así determinó volverse á su aposento á tomar una daga, y volver á sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y aún con toda aquella de toda la gente de su casa.

Con esta determinación honrosa y necesaria volvió, con el mismo silencio y recato que había venido, á su estancia, donde le apretó el corazón tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso á otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el día, y cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos.

Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que á su parecer le tocaba, pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche.

Alborotóse Leonora viendo tan entrado el día, y maldijo su descuido y el de la maldita dueña, y las dos con sobresaltados pasos fueron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando; y cuando le vieron encima de la cama callando, creyeron que todavía obraba la untura, pues dormía, y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra.

Llegóse Leonora á su marido, y asiéndole de un brazo, le volvió de un lado á otro por ver si despertaba sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre, como decían era menester para que en sí volviese.

Pero volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, con una voz lamentable y desmayada dijo:

—¡Desdichado de mí, y á qué tristes términos me ha traído mi fortuna!

No entendió bien Leonora lo que dijo su esposo; mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del unguento no duraba tanto como habian significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo, teniéndolo estrechamente abrazado, le dijo:

—¿Qué teneis, señor mio, que me parece que os estais quejando?

Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahinco, sin mover pestaña la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la cual le dijo:

—Hacedme placer, señora, que luégo luégo envieis á llamar á vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazon, que me da grandísima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querríalos ver ántes que me muriese.

Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decia, pensando ántes que la fortaleza del unguento, y no lo que habia visto, le tenía en aquel trance; y respondiéndole que haria lo que la mandaba, mandó al negro que luégo al punto fuese á llamar á sus padres; y abrazándose con su esposo, le hacia las mayores caricias que jamas le habia hecho, preguntándole qué era lo que sentia, con tan tiernas y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que más amaba.

Él la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siéndole cada palabra ó caricia que le hacia una lanzada que le atravesaba el alma.

Ya la dueña habia dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debia de ser de momento, pues se le habia olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle cuando el negro salió á llamar á los padres de su señora; de la cual embajada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno de ellos en aquella casa despues que casaron á su hija.

En fin, todos andaban callados y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo, el cual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba, que con cada suspiro parecia arrancársele el alma.

Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reíase él con una risa de persona que estaba fuera de sí, considerando la falsedad de sus lágrimas.

En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobresalto.

Fueron al aposento de su yerno, y halláronle, como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, á la cual tenía asida de las manos, derramando los dos muchas lágrimas, ella con no más ocasion de verlas derramar á su esposo; él por ver cuán fingidamente ella las derramaba.

Así como sus padres entraron, habló Carrizales y dijo:

—Siéntense aquí vuestas mercedes, y todos los demas dejen desocupado el aposento, y sólo quede la señora Marialonso.

Hiciéronlo así, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiándose los ojos, desta manera dijo Carrizales:

—Bien seguro estoy, padres y señores mios, que no será menester traeros testigos para que me creais una verdad que quiero deciros: bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caido de la memoria) con cuánto amor, con cuán buenas entrañas, hace hoy un año, un mes, cinco dias y nueve horas, que me entregasteis á vuestra querida hija por legítima mujer mia: tambien sabeis con cuánta liberalidad la doté, pues fué tal la dote, que más de tres de su misma calidad pudieran casar con opinion de ricas: asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó á desear y yo alcancé á saber que le convenia: ni más ni ménos habeis visto, señores, cómo llevado de mi natural condicion, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentado por mi mucha edad en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya, que yo escogi y vos-

otros me dísteis, con el mayor recato que me fué posible: alcé las murallas desta casa; quité la vista á las ventanas de la calle; doblé las cerraduras de las puertas; púsele torno como á monasterio de monjas: desterré perpétuamente della todo aquello que sombra ó nombre de varon tuviese; dile criadas y esclavas que la sirviesen, ni les negué á ellas ni á ella cuanto quisieron pedirme; hícela mi igual; comunicuéle mis más secretos pensamientos, y entreguéla toda mi hacienda: todas éstas eran obras para que, si bien lo considerára, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me habia costado, y ella procurára no darme ocasion á que ningun género de temor celoso entrára en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mias, y que yo mismo haya sido el fabricante del veneno que me va quitando la vida; pero, porque veo la suspension en que todos estais, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas: digo, pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé á ésta, nacida en el mundo para perdicion de mi sosiego y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa) en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado.

Apénas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando á Leonora se le cubrió el corazon, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada.

Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un ñudo que no les dejaba hablar palabra.

Pero, prosiguiendo adelante Carrizales, dijo:

—La venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que, así como yo fui extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomáre, tomándola de mí mismo como del más culpado en este delito; que debiera considerar que mal podian estar ni compadecerse en uno los quince años desta muchacha con los casi ochenta míos, y yo fui

el que, como el gusano de seda, me fabriqué la casa donde muriese; y á tí no te culpo, ¡oh niña mal aconsejada!

Y diciendo esto, se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora.

—No te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran; mas por que todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, al ménos de simplicidad jamas oida ni vista; y así quiero que se traiga luégo aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que despues de mis dias, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo, á quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que si, viviendo, jamas salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto; la demas hacienda mandaré á otras obras pías, y á vosotros, señores míos, dejaré con que podais vivir honradamente lo que de la vida os queda: la venida del escribano sea luégo, porque la pasion que tengo me aprieta de manera, que á más andar me va acortando los pasos de la vida.

Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dejó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: ¡extraño y triste espectáculo para los padres, que á su querida hija y á su amado yerno miraban!

No quiso la mala dueña esperar á las reprensiones que pensó le darian los padres de su señora; y así se salió del aposento, y fué á decir á Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luégo al punto se fuese de aquella casa, que ella tendria cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no habia puertas ni llaves que lo impidiesen.

Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fué á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores.

En tanto, pues, que los dos estaban trasportados, el padre de Leonora envió á llamar á un escribano amigo suyo, el cual vino á tiempo que ya habian vuelto hija y yerno en su acuerdo.

Hizo Carrizales su testamento en la manera que habia dicho, sin declarar el yerro de Leonora; mas de que por buenos respetos le pedía y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él la habia dicho en secreto.

Cuando esto oyó Leonora se arrojó á los piés de su marido, y saltándole el corazon en el pecho, le dijo:

—Vivid vos muchos años, mi señor y mi bien todo, que puesto caso que no estáis obligado á creerme ninguna cosa de la que os dijere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento; y comenzando á disculparse y á contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió á desmayarse.

Abrazóla así desmayada el lastimado viejo, abrazáronla sus padres, lloraron todos tan amargamente, que obligaron y áun forzaron á que en ellas les acompañase el escribano que hacia el testamento, en el cual dejó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y negro, y á la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteho dia le llevaron á la sepultura.

Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabia que su marido en su testamento dejaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad; él despechado y casi corrido se pasó á las Indias.

Quedaron los padres de Leonora tristísimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les habia dejado y mandado por su testamento.

Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la libertad, y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos; y yo quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre; y de lo ménos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oído

exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Sólo no sé qué fué la causa que Leonora no puso más ahinco en disculparse y dar á entender á su celoso marido cuán limpia y sin ofensa habia quedado en aquel suceso; pero la turbacion le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido no dió lugar á su disculpa.